



A veces nos sorprende ver que alguien no llama por teléfono a sus padres ancianos, o no recoge un papel en el suelo junto a su escritorio, o no cede su puesto a quien en el tren da señales de cansancio y necesita ayuda.

Por dentro pensamos: cuesta tan poco esa llamada, ese gesto de atención a la limpieza, ese detalle ante un necesitado.

Lo que pensamos respecto de otros, vale perfectamente para nosotros mismos. Muchas veces tenemos que reconocer que nos costaba muy poco leer por segunda vez un mensaje antes de enviarlo con errores importantes...

Al mismo tiempo que dejamos de lado asuntos y acciones que cuestan muy poco esfuerzo, emprendemos otras que implican tiempo y energía. ¿Por qué? Porque nos interesa conservar la forma, o porque nos entusiasma ese deporte, o simplemente porque parece que cuesta menos lo que hacemos por gusto.

Lo que hacemos y lo que dejamos de hacer depende, ciertamente, de cómo vemos lo que cuesta o no cuesta realizar ciertos actos. Pero, sobre todo, depende de la cantidad de amor y de ilusiones que ponemos en cada asunto.

Por eso, no hacemos cosas que no cuestan casi nada simplemente porque no nos interesan o porque no descubrimos su valor. Y hacemos cosas que incluso cuestan mucho porque creemos que con ellas mejora nuestra vida y alcanzamos metas que consideramos valiosas.

En algunos momentos de la vida necesitamos breves pausas para darnos cuenta de qué hacemos o qué no hacemos, y cómo orientar mejor nuestras decisiones y nuestro tiempo.

Entonces empezaremos a hacer cosas que cuestan muy poco, pero que ayudan a mejorar las relaciones en familia, a tener más limpia la oficina, o simplemente a dar ánimos a alguien que encontramos con un rostro cansado y que necesita apoyo en este momento concreto de su vida...